

## Historias Acuarianas Para Niños

### Bebés Estrella por Olga White

Había una vez, hace mucho, mucho tiempo, un Rey bueno y una Reina hermosa. Ellos gobernaban varias provincias y las visitaban una vez al año. Un día, el mensajero del Rey anunció que Sus Majestades visitarían cierta provincia en una fecha determinada, y que la persona que le diera a la Reina el mejor regalo sería recompensada por ella de una manera especial.

Inmediatamente se hicieron planes para recibir a los invitados de honor, y la gente comenzó a prepararse. Todos querían dar el mejor regalo a la Reina. La llegada de los reyes era lo único de lo que se hablaba en la provincia. La gente estaba muy emocionada cuando llegó el gran día.

En esa provincia vivía Celestia con su abuelita. La mamá de Celestia había muerto cuando Celestia nació, dejando a la pequeñita al cuidado de la viejita abuela. La abuela llamó a esa pequeña humana "Celestia" porque, decía ella, era como una estrellita del cielo que había llegado para iluminar su vejez. Eran muy pobres. Cuando escucharon la maravillosa noticia de la llegada del Rey y la Reina, la abuela movió su cabeza gris y se preguntó qué podrían regalar.

Celestia, con sus nueve años, nunca había visto al Rey ni a la Reina. Pero deseaba con todas sus fuerzas, como solo una niña puede desear, ver a esas personas tan importantes y darles un regalo digno. El día antes del gran acontecimiento, llegó corriendo donde su abuela.

—¡Ya sé! —gritó emocionada—. ¡Mi paloma! Mi hermosa paloma blanca, abuelita. ¡Le regalaré mi paloma a la Reina!

Pero la abuela movió la cabeza.

—No, mi estrellita brillante. Tu paloma no se quedaría con la Reina. Volaría de vuelta a ti. Tienes que pensar en otra cosa.

Celestia se sintió decepcionada y se puso triste. Se sentó en un banquito bajo junto a la ventana, apoyó la cabeza en el alféizar y trató de pensar. Pronto se quedó profundamente dormida. Sus rizos rubios brillaban como oro bajo el sol. La abuela se quedó dormida también en su mecedora. Era media tarde, y la abuela siempre dormía una siesta a esa hora.

Despertó cuando Celestia tiraba de su delantal y le acariciaba suavemente la mejilla.

—Abuelita —dijo Celestia en voz baja—, ¡tuve el sueño más maravilloso! Vi a un ángel hermoso, vestido de blanco brillante. Su cara se parecía al retrato de mamá. Se acercó y se paró frente a mí. ¡Me sentí tan feliz! Luego me dijo: "Dale tu amor a la Reina, hija mía". Parpadeé y ella desapareció. Entonces desperté. ¿No fue un sueño hermoso, abuelita?

La abuela acarició pensativamente los dorados rizos de Celestia antes de responder:

—Sí, hija. Dale tu amor a la Reina, porque un regalo sin amor no vale nada. Pero guarda un poquito de amor para tu viejita abuela, ¿eh?

—Abuelita, a ti te quiero más que a nadie. Pero debo escribirle a la Reina y decirle cuánto la quiero, porque eso es todo lo que tengo para dar. Ella es hermosa, ¿verdad, abuelita?

Celestia saltó hasta su cofre del tesoro, donde guardaba algunos pequeños papeles, que eran muy escasos y que había atesorado por mucho tiempo. Con una pluma de ganso escribió en rima todo su amor y admiración por la hermosa Reina. Cuando llenó varias hojitas, buscó de nuevo en su cofre y encontró un pequeño lazo de cinta azul que le había regalado su abuelita, quien le dijo que había adornado su primer vestido de bebé. Con la cinta azul ató las hojitas.

—Mañana iremos a ver a la Reina —le dijo a su abuela, mostrándole los papeles escritos.

Al amanecer ya estaban levantadas y listas para partir. Celestia llevaba su vestido rojo con parches negros (porque la abuela no tenía otra tela para remendar) y unos zapatos de madera pesados. Pero su rostro estaba rosado y brillante, y sus rizos bien peinados. La abuela se echó su chal sobre los hombros encorvados, tomó su bastón y comenzaron el camino.

No llevaban mucho camino cuando un viejo amigo las alcanzó. Ayudó a la abuela a subir al carretón junto a él y puso a Celestia sobre el lomo de uno de los grandes bueyes rojos que tiraban del carro. De repente, Celestia sintió un aleteo. Su paloma mascota se posó en su hombro y se acomodó para el viaje.

Cerca del centro de la provincia había un pueblo donde la gente había construido un gran granero. Ese granero también servía como casa comunitaria, donde los campesinos a veces se reunían para hacer fiestas. En esta ocasión, la gente había elegido el granero como el mejor lugar para recibir al Rey y la Reina. Ese día, llegaban de todas partes de la provincia trayendo sus regalos.

El sol estaba alto en el cielo cuando de repente sonaron unas trompetas. Dos jinetes aparecieron, seguidos por una carroza dorada tirada por seis caballos blancos que brincaban alegremente. Las cabezas de los caballos estaban decoradas con plumas negras y borlas doradas.

El Rey y la Reina bajaron de la carroza dorada, seguidos por dos pajes pequeños que sostenían la cola del vestido de la Reina. Los reyes entraron al granero y se sentaron en una plataforma que hacía de trono. La gente llevaba sus regalos y los ponía allí para que la Reina los viera.

—Seguro —pensó el hombre más rico de la provincia— que yo recibiré la recompensa. ¿Quién puede dar un regalo tan bueno como el mío?

Caminó erguido y orgulloso y puso una hermosa alfombra oriental a los pies de la Reina. La alfombra valía muchísimo y tenía colores preciosos. La Reina aceptó el regalo con una sonrisa y una bendición.

—Seguro —pensó una feliz campesina— que yo recibiré la recompensa. ¿Quién puede hornear panes más finos que estos?

Y realmente estaban horneados de un hermoso color marrón dorado, redondos y perfectos. La Reina aceptó el regalo con una sonrisa y una bendición.

—Seguro que yo recibiré la recompensa —pensó un campesino rico—, porque no hay maíz más fino en todo el país que este.

Llevó un montón de largas mazorcas amarillas y las puso junto al pan. La Reina aceptó el regalo con una sonrisa y una bendición.

Así, cada persona fue dando lo mejor que tenía. Unos trajeron hermosos bordados. Un hombre trajo un montón de espigas de oro más alto que la cabeza de una persona. Otro trajo un cerdito gordo. Un campesino trajo su gallo premiado. Una mujer trajo una flor escogida que ella misma había cultivado. Un artista trajo su mejor pintura. Todos los oficios y las artes estaban representados. Cada persona estaba segura de que su regalo era el mejor. Y a cada una, la Reina le dio una sonrisa y una bendición.

Celestia, asombrada y temblando, había visto a la gente avanzar con sus ofrendas. En su mano sostenía su paloma mascota y el cuadernillo de versos. Miraba con ojos ansiosos la extraña variedad de regalos y los vestidos de las personas que los daban. Todos iban vestidos con sus mejores ropas, con sus trajes de fiesta, igual que ella. Pero ella sabía que era la más pobremente vestida de todas. ¿Y su regalo? ¡Ah, qué pequeño era comparado con los demás, pensó!

El último regalo ya había sido presentado a la Reina. Celestia se quedó atrás, cerca de la entrada principal, sin decidirse. Era tímida, iba mal vestida y su regalo era tan pequeño. Pero ¡cómo quería

decirle a la Reina cuánto la quería! Cerró los ojos para juntar valor. En ese momento, vio al ángel y recordó su sueño. La paloma hizo un movimiento en sus manos. Celestia la miró a los ojos rosados y le susurró algo al oído. Puso el cuadernillo en su pico y abrió las manos.

La paloma voló directamente hacia la Reina y se posó suavemente en su mano. La Reina ni siquiera se sobresaltó. Tomó el cuadernillo, leyó los versos y miró hacia donde la paloma había volado de vuelta junto a su dueña.

—¿Quieres venir aquí, niña? —preguntó.

Su voz sonaba como una campana de plata, y su sonrisa era tan acogedora que Celestia perdió todo el miedo. Se acercó y se paró frente a la Reina. La Reina acarició sus rizos dorados y dijo:

—Que anuncie el heraldo del Rey que el regalo más grande, que es el amor, acaba de ser entregado. Y la Reina dará su recompensa a quien lo ha dado. Que la gente se acerque y sea testigo de la premiación.

Cuando la gente se apiñó dentro del granero, la Reina se puso de pie, puso su mano sobre la cabeza de Celestia y dijo con su clara voz de plata:

—A esta niña la llevaré al palacio del Rey, donde se convertirá en princesa.

Celestia escuchó estas palabras como si estuviera soñando. Pero entonces recordó a su abuelita y se apresuró a explicarle a la Reina:

—No puedo ir, hermosa Reina. Mi abuelita se sentiría sola sin mí. Mi abuelita me necesita.

—Ah, hija mía —dijo la Reina—, tienes un corazón amoroso. No tengas miedo. Tu abuelita también vendrá.

Después de que la gente disfrutó de un gran banquete, Celestia se fue en la carroza dorada, detrás de los caballos blancos que brincaban. La Reina se sentó a un lado de ella y su abuelita al otro.

Cuando llegaron al palacio del Rey, llevaron a Celestia a una habitación magnífica. Allí la vistieron con un vestido de raso brillante y le pusieron en los pies unas zapatillas doradas. ¡Justo como Cenicienta! Y como Cenicienta, ella creció y se casó con un príncipe encantador.